

Cuentos del paraíso de las islas

07

01-02 Los siete viajes de Gina Manfredi

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09/01/2022
Número de páginas: 22
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

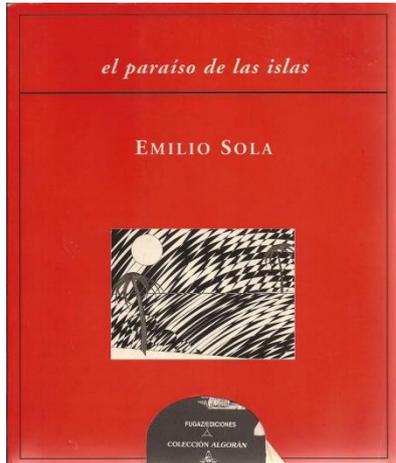
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

07

01-02 Los siete viajes de Gina Manfredi



“Los siete viajes de Gina Manfredi” fueron publicados en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte de la protagonista, la joven Gina, en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas:

1-1, 1-2, 1-3, 2-1, 2-2, 2-3, y 2-4

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

3.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (I parte).

PROLOGO, con DEDICATORIA incorporada.

- 3.1.- El día que Gina dijo no.
- 3.2.- El diecisiete aniversario de Gina Manfredi.
- 3.3.- Gina Manfredi en la Operación Ulises.
- 3.4.- El día del terremoto y la muerte de don Giovanni Manfredi.
- 3.5.- En vísperas de la gran guerra.
- 3.6.- Gina en Palermo, el día del estallido de la gran guerra y su dieciocho aniversario, conoce a Rocco Consales y a Pino Corso.

3.7.- Los tres chicos se encuentran a Antonio el Marinero y a María de la Soledad Muñoz Dolores y viajan con ellos a Ustica.

- 3.8.- La muerte de Juan Bravo vista por la tele en casa de Bártole, rey de Ustica, y desmayo de María de la Soledad.
- 3.9.- Viaje a Malta y encuentro con Mario Cassar y su mujer Paula.
- 3.10.- El señor Mamo se hace cargo de los asuntos del desmantelado imperio Manfredi.
- 3.11.- Una historia de telegramas y separación.
- 3.12.- Viaje a Gozzo e iluminación de Gina Manfredi en el mar de Comino.

4.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (II parte).

PROLOGO segundo, con texto de Gina incorporado.

- 4.1.- Gina y Rocco viajan a Argel y la curiosa historia de Mariquita

Linda o Luna Lorenzo.

- 4.2.- Historias de la casa-jaima de Zeralda, con la rebelión de las mujeres y la intervención del padre del cuchillo Lauari Bujudmi.
- 4.3.- Otras historias de la casa-jaima y el chico portugués Mario Pinto Godinho.
- 4.4.- El regreso del padre del cuchillo en la luna nueva de julio y una exposición de Rocco Consales sobre “Palermo restaurada”.
- 4.5.- Viaje a Valencia en el galeón de Antonio el marinero.
- 4.6.- La casa del naranjal y Borondón el Babilónico.
- 4.7.- La foto “Las tres bellas preñadas”.
- 4.8.- La operación antiaduanas y la operación matrimonio burocrático y festivo.
- 4.9.- Viaje a Palermo y visita a la mancha negra.
- 4.10.- Felice de Catania, Ernestina Otromundo y el palacio Albergó Catania, en vía Maqueda de Palermo, con la historia del turco Terki y su Coronela.

- 4.11.- Nacimiento de Prisciliano en Mgar y los ocho años de Gina en Gozzo.
- 4.12.- Viaje de Gina Manfredi por la isla mayor Sicilia a través de sus textos.
- 4.13.- Muerte de Gina Manfredi y locura de Rocco Consales.
- 4.14.- El amanuense, en interpolación final, concluye la historia y nos da su nombre.

3.6.

220

Desmantelada, como si la hubieran vaciado por dentro de pensamiento y vísceras se sentía la chica Gina cuando cerró tras sí el portón de la casa de Nápoles y dejó las llaves en la vecina casita de los guardianes. Dejó también unas líneas, redactadas a mano con caligrafía bárbara y desigual, para el administrador romano Giorgio. “No me juzgue loca. Necesito salir de aquí. No me abandone. Comunicaré con usted desde Malta. Gina”. Con un bolsón de cuero, recuerdo saharauí, y un potente radiotransistor bajo el brazo, vagabundó por un Nápoles al atardecer que parecía -como ella- fantasma de sí mismo. Comió algo en una trattoría popular. En ocasiones se topaba con tropas y vehículos militares. Había anochecido cuando se sintió exhausta; se descalzó y se instaló en un banco, la radio de transistores a volumen regular; de vez en cuando alguien se detenía a su lado unos instantes y escuchaba, con un amago de sonrisa rara y sin palabras se despedía de ella o la saludaba, o la comprendía o quisiera hacerse comprender, tal vez, antes de continuar su camino, había movimiento en torno de gente taciturna e inhabitual, algunos con maletines o maletas, como una revelación repentina se descubrió en la estación central de ferrocarriles; y salían trenes. Era obvio: tomó billete para uno próximo que le informaron que podría abandonar en Catania o en Siracusa, en el camino hacia Malta, y, bien instalada en él -departamento vacío y a oscuras, tardísimo en la noche-, se quedó profundamente dormida. Otra vez en el sueño el viejo de hermosa mirada clara la visitó, otra vez las inquietantes gafas de montura roja y cristales de espejo que reflejaban la luna llena, dos lunas, y la línea horizontal del mar.

Estaba el sol en el orto cuando se despertó. El aparato de radio seguía emitiendo. Las declaraciones belicosas de los políticos y estrategias de

la Federación Oeste adquirirían tonos insoportables y el silencio de Juan Bravo, según los comentaristas, no impedía prever que estuviera negociando a alto nivel, mediador entre las dos potencias. A Gina le extrañó que el mar reverberara el azul purísimo a la derecha del tren en marcha; alguien le dijo que estaban llegando a Palermo; en Mesina, a la salidad del transbordador, los vagones que se dirigían hacia el sur habían sido desenganchados del convoy principal; no debía preocuparse, sin embargo: aquellas ciudades estaban bien comunicadas entre sí, a no ser que los tiempos que corrían... Era mediodía cuando Gina Manfredi descendió del tren en el andén de Palermo.

221

Vagó por la ciudad, el aparato de radio de transistores a todo volumen bajo el brazo; cada cinco minutos, nuevas noticias alarmantes; cada calle atravesada y cada plaza, mayor el desasosiego. En todos los rostros de la gente con la que se cruzaba la tristeza había dibujado un gesto peculiar. Muchos comerciantes cerraban los establecimientos y se dirigían -calle arriba, calle abajo- hacia sus casas.

-Quiero comprar un cuaderno, señor -le dijo Gina a un papelerero que se disponía a cerrar su tienda.

-Este es bueno, señorita. Trescientas liras.

-Deme tres.

Aquel señor le dio uno rojo, otro amarillo y otro verde.

-Novecientas liras. Muchas gracias, señorita. El mundo no va bien.

En el palacio de los normandos un sacristán celoso no la dejó entrar en la capilla palatina.

-Esta usted medio desnuda, señorita.

222 Sus gestos blandos, la boca desdentada, el rostro demacrado y pálido daban al tipo un aire obsceno.

-¡Estúpido!

-No se puede entrar a rezar así a la casa del Señor.

Gina se sentó a la puerta. Descubrió en los mosaicos exteriores las diminutas ruedas de lacerías diferentes en mínimas tesellas de colores. E inició su cuaderno verde. "Todas ellas podrían ser rosas de los vientos; cada roseta diferente a las demás, cada una un mundo de belleza, perfecta en sí misma y redonda, encerrando el ocho de la muerte, insondables, geometría perfecta y caprichosa, domada libertad. Gentes del norte y del sur del sur dejaron su mensaje en este sur al norte de la isla mayor encerrado en minúsculas superficies circulares. Ningún otro mensaje cifrado, salvo la vida misma, telegrama sutil e incomprensible".

El sacristán la miraba mientras escribía, entre desconfiado y rencoroso a causa de su presencia misma. Le sacó la lengua y el tipo miró hacia otra parte. Gina salió a la calle. Atravesó el jardín; no eran hermosas las palmeras; raquílicas. Recordó Sahara. Dos muchachos se cruzaron con ella en la calle que discurría bajo el gran arco de la puerta mayor de la catedral. La radio, a todo volumen, anunciaba que por fin el presidente Juan Bravo había hecho declaraciones. Los muchachos se acercaron.

-Por favor...

Los tres escucharon en silencio. Bordeaban el inmenso edificio religioso hacia su testero; cuando la tensión de la noticia aumentaba -"el

presidente Juan Bravo, tras la escalada verbal”, etc. “amenazaba con su dimisión”-, los tres muchachos se detenían e intercambiaban miradas que se podrían calificar de aturdidadas o asustadas. Perplejas o, mejor, simplemente impregnadas de tristeza.

223

-¿Cómo te llamas tú? -preguntó Gina al más larguirucho.

-¿Yo? Rocco. ¿Y tú?

-Gina... Rocco, ¿qué?

-Rocco Consales. ¿Y tú?

-Manfredi. Gina Manfredi.

-Yo me llamo Pino.

-Pino ¿qué?

-Pino Pinochio —y los tres rieron.

-¿De dónde sois?

-Palermitanos, chica, de a pocos pasos de aquí -fue Rocco quien contestó.

Habían entrado en la plaza de Settangeli, inhóspita y desierta; ni un banco, ni una sombra, ni un reposo para el cuerpo. El presidente Juan Bravo se negaba a hablar más y pasaba a ser oficioso portavoz suyo el presidente de la junta de control de armas nucleares, mariscal Alfredo Macumbi Mancini.

-Eso de Mancini suena a cosa nuestra -era Pino quien hablaba.

-Pues es un negro -y Gina quien respondió.

Se sentaron en torno a una de las cuatro altísimas y raquílicas palmeras que ni sombra daban. Gina contempló el monolítico testero, ábside raro, y de nuevo sintió desasosiego. Ocre y negro, gigantesco y abarrotado de arabescos extraños, rosetas de dibujo caprichoso, arcos adosados entrelazados y apuntados, diminutos ventanucos trilobulados, almenado ondulante y campaniles de ventanas geminadas en las que interfería alguna columnita salomónica. monstruosa para aquel tiempo tan antiguo de construcción... "¡Qué pasa aquí! Nuevamente el ocho, número de muerte, rey". Sólo consiguió distinguir en aquel que ya presentía maléfico panel siete estrellitas completas inscritas en un círculo repetidas dos veces y otros siete círculos en torno a otro círculo -maldito ocho- inscritos en otra de las rosetas... Con tono grave el locutor de radio informó que la Federación Oeste acababa de convocar una rueda de prensa -un alto responsable portavoz de etcéteras y etcéteras- para un asunto muy grave y que se podía presumir que la guerra había estallado. Entre información e información, música militar y clásica grandilocuente. Italia se había visto enrolada en la posible, o ya indudable, guerra, víctima de sus alianzas con la Federación. Rocco se tendió, largo como era, y encendió tres cigarrillos para los tres. Nadie sabía nada nuevo del presidente Juan Bravo. Después de las sobrias declaraciones recientes, había desaparecido.

-¿Qué podemos hacer, Rocco?

Más que una pregunta era a manera de susurro, o súplica, o tristísimo lamento.

-Nada, chica.

Pasaron niños en moto, seis o siete máquinas en total, con ensordecedor estruendo.

225

-¿Qué podemos hacer? -repitió Gina mirando a los ojos de Rocco con fijeza enfermiza.

-¿Qué sé yo, chica! ¡Nada! -y Rocco apartó sus ojos de aquella mirada inquietante.

-Rocco Consales: jódeme.

El tono de voz de la chica Gina tenía una dureza cortante de filo de navaja. Los dos muchachos se miraron, el asombro en el rostro, o el miedo, o ambas cosas a la vez y más. Rocco reaccionó después de unos segundos de zozobra.

-Pino: vete a casa y trae una escalera; o, mejor, dos. Trae también la de tu casa.

Pino desapareció por la esquina de Santa Agata della Guilla. Gina y Rocco quedaron, frente a frente, en silencio. Nadie por las calles, el sol ya de costado, sombras amables sobre la plaza, frescura de las sombras, nada más. Rocco quiso romper el silencio.

-¿De dónde eres?

-No lo sé ya. Creo que siciliana como tú. O tal vez calabresa. Te lo juro: no lo sé.

-Eres muy joven.

-Hoy cumplo diecisiete.

-¿Eres puta?

-Podría. Creo que aún no. No lo sé, Rocco.

-Putas en Palermo es duro, Gina. Te hablo en confianza y como amigo.

La voz de Rocco había adquirido tono de seriedad extraña. Brillaban sus ojos negros. Apagaron a la par los cigarrillos. Hubo otro silencio. La radio seguía emitiendo marchas militares. A lo lejos, por una de las calles contiguas, atronaron las motos de los niños. Habló un momento el mariscal Macumbi Mancini sobre la gravedad de la situación. Gina no pudo contener el llanto y Rocco no sabía qué hacer; le echó un brazo por los hombros. Pino apareció, al fin, con las dos escaleras.

-Échame una mano, tú. Esto pesa.

-¿Algún problema?

-Nada. Todos están pendientes de la tele. Hasta los niños han enmudecido.

Apoyaron una escalera en la reja que separaba el ábside de la catedral de la plaza; Rocco subió -justo llegaba al final de las picas de hierro- y ajustó la segunda escalera hacia el interior del más que jardín foso enlosado.

-Gina, ven. Tú, Pino, cuando estemos dentro, retira la escalera y escóndela por ahí, ¿entendido?

Gina pasó al interior por las dos escaleras, Rocco detrás de ella, y una vez dentro retiraron la suya a la vez que Pino retiraba la exterior. Este permaneció en el centro de la plaza con el transistor a todo volumen; Macumbi Mancini anunciaba las primeras noticias vagas sobre un posible desastre nuclear.

227

-Aquí estamos seguros, Gina. Nadie podrá molestarnos. No sé por qué es tan frecuente que rodeen de rejas exteriores los accesos a las iglesias; tal vez por los ladrones.

-No: tienen miedo a la vida y la calle aquí lo es; para ellos es algo contaminante... Pero jódeme, Rocco, hay que romper el maleficio.

Rocco le echó un polvo rápido; luego, otro. Y otro.

-¿Qué tal, Gina?

-Mal, pero sigue.

-¡Oye, chica, tú qué te crees que soy yo!

-¡Ay, Rocco, sigue! ¡Hemos de romper el maleficio! ¿Te has dado cuenta de que estamos bajo la maldición del ocho? Sigue, por favor.

Rocco se esforzó y le echó el cuarto y quinto polvos. Casi de noche, podrían ser más de las diez. Pino seguía con el aparato de radio a todo volumen. Los depósitos nucleares de Devon se habían autodestruido; todos los agentes de la junta de control habían muerto. Macumbi Mancini daba un comunicado a la prensa cada media hora. Cada vez que éste salía a las ondas, Pino se acercaba al muro y reja para que sus compañeros lo oyeran mejor. Rocco consiguió echar el sexto polvo durante la emisión

de la lectura de uno de los comunicados, pero le dijo a Gina que creía que no podría conseguir uno más. Era en torno a las once de la noche.

228 -Dile a Pino que pase. Entre los tres lo lograremos.

Rocco silbó.

-¡Pon la escalera, Pino!

Rocco salió a la plaza y Pino entró en el enrejado del testero de la catedral; retiraron las escaleras. En poco más de media hora Pino le echó a Gina tres polvos.

-Vale, Pino. Creo que ya está bien. Hemos hecho lo posible por conjurar el maleficio.

Se conocían detalles muy precisos sobre el desastre nuclear. El mariscal Alfredo Macumbi Mancini leyó un comunicado estremecedor a medianoche. Cuando, al final de él, la radio recogió sus palabras entrecortadas por sollozos, los tres muchachos lloraban como tres niños en el centro de la plaza de los Settangeli sentados sobre las escaleras. A Gina le entró una tiritona extraña, histérica podría ser; Rocco se despojó de la camiseta y se la hicieron vestir. Se quedó en calzón corto, como estaba, y el torso desnudo. Era flacucho. Pino se quitó su camisa y se la dio a Rocco.

-Tío, estoy más fuerte que tú; ponte esto.

El chico no quería pero, al fin, se vistió la camisa y fue Pino el que, también con calzón corto, se quedó con el torso desnudo. Gina seguía con la tiritona.

-¡Hay que moverse! Vámonos de aquí.

A Gina le costaba trabajo caminar.

229

-Perdonad, siento irritadas las ingles y me duele mucho el coño.

Rocco meditó un momento.

-Mira: quítate las bragas que seguro que te apretarán por lo ajustadas y ponte mi pantalón que es más amplio; yo me avío con el bañador que llevo debajo. ¿Ok? Y tú, Pino, esconde las escaleras por ahí y vámonos a Colonna Rotta.

Cerca de allí, en Colonna Rotta, había programado un recital de canción napolitana para esa noche, aunque era difícil que se llevara a cabo; por un lado, la guerra; por otro, uno de los cantantes había sido encontrado muerto el día anterior en el maletero de su automóvil y con los testículos cortados en la boca. A pesar de todo, tal vez encontrarán allí algo que comer a esas horas. Y gente. Necesitaban encontrar gente en aquella Palermo vacía, diríase abandonada. Cuando caminar se le volvió penoso, a Gina comenzaron a transportarla por turnos, a horcajadas a sus espaldas. Pino bromeó sobre el grupo expedicionario formado por los tres y en ocasiones desfilaban al aire de las marchosas marchas que la radio, a todo volumen, tenía a bien programar para aquella noche absurda, tal vez espeluznante. Como se habían temido, nada encontraron en Colonna Rotta salvo un escenario montado -seis columnas dóricas de madera, balaustres de cartón con una flor pintada y focos y bombillitas de colores sin luz- y vacío. En una esquina dos viejos jugaban a las damas; en otra, cinco chicos bebía de un botellón de cerveza de a litro. Pudieron conseguir algo de cerveza y unos bocadillos en un tenderete que, a

pesar de la función suspendida, se había animado a abrir, tres niños a su cargo.

230 -Rocco: vámonos al puerto.

A medida que las noticias se hacían más precisas, después de la media noche, la gente comenzó a salir de sus casas y en las esquinas de las calles se formaban grupos para comentar los acontecimientos. Era la guerra total, no había esperanza. Los rostros eran graves. Sólo el ruido de las motocicletas, los niños de tres en tres en ellas a toda velocidad, interrumpía un tanto aquella densa atmósfera nocturna.

-Vámonos al puerto, por favor.

Rocco meditó un momento.

-A ver que os parece el plan: pasamos por Porta Carini, nos acercamos a casa... o, mejor, recogemos antes las escaleras, así que mejor tiramos por aquí, avisamos en casa y te acompañamos al puerto, ¿vale? -tenía dotes de organizador el Rocco Consales-. Y, a propósito, ¿qué quieres hacer en el puerto?

-Buscar un barco que me lleve a cualquier otro lugar.

Rocco y Pino caminaban pensativos y en silencio. Rocco, con Gina enacada a su grupa, se sentía feliz con aquella carga ligerita y a veces con tiritona y procuraba ser él quien la llevara. La radio seguía emitiendo malas noticias, cada vez había más gente por las calles, más motocicletas con niños y algunos automóviles conducidos con pulso nervioso. Pino encontró las escaleras en el lugar donde las habían dejado escondidas. Descendieron por Santa Agata della Guilla. Forma-

ban un grupo divertido, Pino con las escaleras, Rocco con Gina. Saludaron a algunos amigos al paso; un niño con una moto casi se los lleva por delante. Se detuvieron en Piazza Capo.

231

-Aquí es. Un momento.

Rocco desapareció en un portal oscuro con una de las escaleras y unos minutos más tarde estaba de vuelta. Pino entró unos metros más allá, Cortile della Mercede, también con su escalera.

-Te esperamos en lo del argelino, Pino. No tardes.

Cosa extraña para aquella horas, la gente no parecía tener ganas de dormir y se había echado decididamente a la calle. En lo del argelino - "vini e birra"- se había formado una amplia reunión de hombres a la puerta del local, en tres mesas y largos bancos, que discutían en voz no tan alta como la habitual pero de cantarino tono no perdido. Infrecuente una mujer allí, callaron un momento al llegar Rocco y Gina y luego respondieron al saludo de los llegados. Gina pidió cerveza para todos. Pino llegó pronto.

-Les he dicho que no me esperen.

-Yo también -respondió Rocco.

-Esta cerveza me sentó bien. Estoy mucho más animada -se acercó al oído de Rocco-. Casi no me duele ya, ¿sabes? -y en alta voz-. Creo que hemos roto el maleficio.

Aquellos hombres se preguntaban intrigados por el paradero de Juan Bravo; no podían creerse que se mantuviera inactivo, él que había

sido un canto a la acción, que les había comunicado aquella vibración activadora tan rara para aquellas tierras cálidas.

232 -¿Qué podemos hacer? -dijo uno, hombretón de mar endurecido, y Gina Manfredi recordó sus momentos recientes de angustia y tembló.

-Nada. Esperar. -contestó otro, como para sí mismo.

Sacaron dedos para echar a suerte y pidieron cerveza para todos.

-Rocco: vámonos al puerto, por favor -le susurró Gina al oído.

Se despidieron. Salieron a puerta Carini y se dirigieron al puerto. Muchos establecimientos comerciales estaban abriendo sus puertas, como si Palermo quisiera vencer con su actividad a deshora la deshora mala. Era asombrosa la cantidad de niños en motocicleta por las calles. La radio emitía aún marchas militares y fragmentos de música clásica grandilocuente. En las cercanías del puerto había mucho movimiento militar; era continua la entrada y salida de convoyes militares. Había controles.

3.7.

Y allí estaba, en el centro de la puerta principal de acceso al puerto, vociferante, gesticulante, con un transistor en una mano a todo volumen, estampa de un dios antiguo encolerizado. Camiseta blanca, cal-

zón corto a medio muslo, abundante pelo negro ensortijado, muy moreno. Debía ser marino.

-¡Mierda y mierda! ¡Mierda! ¡Cómo puede ser eso! -gritaba, los dos soldados frente a él ya no muy seguros de sí mismos, casi atemorizados, parecían más pedir disculpas que, como estaban haciendo, impedir su entrada al puerto.

233

-Perdone, señor. Ahora vendrá el oficial y se lo explica a usted. Nosotros dos sólo cumplimos órdenes.

-¡No es posible! -la lengua italiana sonaba en su boca a lengua extranjera- Primero nos enmierdan a todos con esta guerra absurda, que es suya, no nuestra, y luego te enmierdan uno a uno en tu vida cotidiana para que no quede duda de que el enmierdamiento existe.

El oficial tardaba en aparecer, dejó en paz a los dos jóvenes soldados y se hizo a un lado unos pasos: iba a admitirse otro mensaje de Macumbi Mancini. Rocco, Pino y Gina se aproximaron al airado personaje, ahora pendiente del transistor, agitado aún pero más calmo, y los cuatro prestaron atención, las palabras de los dos transistores en la misma emisora, confluyentes. Había más precisiones sobre la catástrofe nuclear; Omsk estaba arrasada.

-Estos hijos de puta lo han echado todo a rodar y no saben cómo pararlo. ¡Chorizos, que sois unos chorizos!

Los soldados miraban para otra parte; se sentían aludidos, y era verdad así. Gina abordó al que sin duda era un marinero. Tenía unos ojos clarísimos.

- 234 -Por favor, tú, ¿qué pasa? ¿No dejan entrar ahí?
- Son todos unos hijos de puta y unos cabrones. Tengo el barco en dársena con una carga de latas de cerveza, pollos y tomates y los muy cabrones no quieren entender nada.
- ¿A dónde vas?
- A una isla ahí cerca. Mañana vuelvo aquí con otra carga.
- Tío, llévame contigo, por favor. Necesito salir de Palermo.
- ¿Y éstos?
- Yo voy contigo, Gina -dijo Rocco sin pensar.

Pino dudaba, pero al final decidió ir con ellos también. El oficial había aparecido y uno de los soldados, tímido, vino hasta el grupo. Sonaba música militar en la radio de nuevo.

-Por favor, señor; ha llegado el oficial.

Charlaron unos minutos, el marino más calmado pero con gestos duros. Pareció arreglar el asunto.

-¡Eh, chavales, vamos!

En el recinto del puerto la actividad era mayor aún que en el exterior. En varios muelles cargaban barcas que luego se perdían en la noche, tal vez algún gran ingenio flotante en la oscuridad. La música de los dos aparatos de radio era la adecuada, sin duda. “¡Cabrones”, repetía con frecuencia, entre dientes, el marino.

Llegaron a un diez y siete metros pintado de rojo y negro con una bandera de la Confederación Centro-Sur.

-He aquí el galeón, chavales.

235

-Pues muchos pollos no entran ahí.

-Tú no sabes de la inmensidad de su vientre.

Había alguien dentro y habló:

-¿Eres tú, Antonio? Has tardado mucho -era voz de mujer.

-Sí, soy yo -subían a bordo-. Es mi marinero María de la Soledad. No sabe nada de barcos, pero se porta bien.

Al fin la vieron. Era una mujer gordísima, embutida en un mono rojo, a modo de traje de faena. Cuando los vio entrar en fila por popa soltó la carcajada.

-¡Tu vocación es de patrón de barco de pasajeros! Bueno, otra noche de dormir en batería.

Enseguida comprendieron las palabras de María de la Soledad; el barco estaba atiborrado; había cajas en los rincones más insólitos de bodega y, además, el cargamento era de pollos vivos y tenían montado tal concierto que los aparatos de radio parecían seres parlantes afónicos.

-¿Has dado de comer a la animalada?

-Sí. Y me he permitido cocinar uno, aunque no contaba más que para cinco.

236

Pino se descubrió como un gran marinero. Su padre, aclaró, era pescador y le había llevado con él desde niño con frecuencia. Rocco, no; aunque era isleño, era de isla adentro. Gina habló en un aparte con María de la Soledad y ésta le proporcionó unas pomadas. En la radio volvían a emitir noticias: la zona oeste americana ofrecía un aspecto desolador; de la Unión Roja comunicaban menos información, pero calculaban daños amplísimos y se hablaba de islas desaparecidas para siempre del mapa. El ambiente se entristeció de nuevo en el galeón del tal Antonio; el pollo cocinado por María de la Soledad resultó demasiada ración para el desganado grupo; la cerveza, sin embargo, corría mejor.

-Vámonos. Rumbo a Ustica.

Hubieron de sortear varias barcasas militares.

-¡Chorizos de mierda! -gritaba Antonio desde cubierta cada vez que se cruzaban una.

María de la Soledad conocía personalmente al presidente Juan Bravo y esta circunstancia, evocada al azar en la conversación, fascinó de tal manera a los chavales que no se saciaban de escuchar boquiabiertos sus palabras, por anodinas que fueran. Fue Pino el que descubrió en la noche la mancha negra, mamotrética, el peligro; por el tamaño podía ser hasta un portaviones.

-¡Chorizos de mierda! Estos de la Federación se toman el mundo por su huerto privado -el enfado de Antonio subía de tono-. ¡Buena vista la tuya, muchacho! -de la misma manera que desaparecía.

Tuvieron que maniobrar bastante para salir de aquel embrollo. A la vista de las luces de la isla, que conocía bien, Antonio decidió esperar

al no lejano amanecer. El puerto era angosto para su galeón -"no más de cinco metros permite", comentó- y las cargas y descargas las efectuaban normalmente fuera de la dársena, en la parte exterior del dique.

-La pequeñez es un don del que sólo algunos lugares disfrutan -sentenció, filósofo.

Pararon máquina y esperaron. Durmieron un rato, en batería, como dijera María de la Soledad. Pino se encargó de la guardia; no se sabía, con eso de la guerra, y su vista en la noche era gatuna al parecer. Con el primer albor, como si lo hubiera olido, Antonio subió a cubierta; Pino, muy serio, observaba aquel panorama que comenzaba a desvelarse desolador; a proa el pueblito, como de muñecas, perfecto en sí, con todos los elementos -casas, árboles, caminos, castillo en lo alto de un cerro, muelle minúsculo, barquitas- de idílica postal, y la costa abrupta de acantilados y roquedales, atalayas y grutas marinas, roca volcánica negra. A popa el horizonte poblado de monstruos de guerra, inmensos, negros, fantasmal concentración de mortíferos cachivaches.

-Estamos rodeados, chico. Seguro que ahí va toda la armada de la Federación. ¡Chorizos! ¡Son peores que la peste! -Antonio se excitaba cada vez más-. Bien poco necesitan estos diablos de mierda, que ni son hombres, para sacar a pasear en plan chulo sus carracas de la muerte. ¡Les va el rollo malo de siempre! ¡Chorizos!

Pino se preguntaba cómo habían podido navegar en la noche por entre tal concentración de barcos de guerra. María de la Soledad había terminado de preparar café cuando una motora se acercó con un tipo en pie en la proa que les saludaba.

-¡Eh, Antonio! Creíamos que no podrías llegar -y se le veía contento.

238 Se presentaron. Gina, Rocco y Pino, Bártolo, rey de Ustica, hermano de sangre, se debían la vida mutuamente, el uno había salvado al otro en un naufragio, el otro al uno de un golpe de mala suerte de un pez espada gigante moribundo; luego -Antonio lo narraba exultante- se habían comido al dicho espadón para celebrar la buena estrella y hermandad perpetua. El tal Bártolo tenía un rostro impenetrable y serio, sólo en instantes raros apuntaba en él una sonrisa, y ésta era cual sonrisa de kuroi arcaico griego.

Mientras los hombres descargaban el galeón de Antonio con la ayuda de otros isleños, Bártolo se llevó a su casa a María de la Soledad y a Gina, escalera exterior de cerámica vidriada roja y aristas de mármol blanco, terraza cubierta con amplia arquería, puertas y ventanas verdes sobre el mar, hermosa parra. Todo pulcrísimo, la mujer Lucía y el niño Bartolino -en cuanto pudo se escabulló a la calle-, proporciones armónicas, regla áurea. Llegaron los del barco, Antonio y los dos palermitanos, tomaron café de nuevo y escucharon las primeras noticias de la batalla del golfo de Tonkin. En la isla había un chico aviador muy querido de todos y que temían que estuviera en el zafarrancho; la mujer de Bártolo salió para visitar a la familia del ustichense ilustre y enterarse de si sabían algo más sobre el particular. Al cabo de poco tiempo volvió sin otras noticias que las que la radio emitía, pero en el rostro eran visibles signos de haber llorado. Comieron espagettis, negros de la tinta de la sepia, y pez espada. Los hombres bajaron al puerto, no sabían si a cargar el barco. Finalmente decidieron que no y la vida quedó suspendida un tiempo en torno a las noticias de la televisión y de la radio.

Fueron pocos días. Gina Manfredi escribió y dibujó en su cuaderno rojo; dibujó su sepultura y escribió Trapani. En Ustica, una vez más, el

tiempo se había detenido para ella: su diecisiete aniversario había tenido lugar la víspera de su llegada a aquella isla diminuta y negra y ni siquiera -lo recordó de súbito cuando escribió Trapani- se había dado cuenta de ello. Volvió la hoja y siguió escribiendo: "¿Por qué Trapani? No podría explicarlo, pero es ciudad Trapani que se adentra valerosa en el mar y es un punto occidental del sur teniendo tierras aún sureñas y hermosas a su oeste. Es tierra sureña, de la gran isla, tradicionalmente abierta a otras costas e islas. Una vez más, un punto confluyente, tierra de paso, bien orientada, tiene palmeras... Nunca lo podría explicar. Hay lugares y ocasiones en que estás viendo el mar; giras sobre ti mismo y a tu espalda descubres de nuevo el mar. Trapani es uno de esos lugares. Uno de los pocos lugares que yo conozco pero que no dudo de que sean innumerables lugares".

239

~~3.8.~~

~~La estancia en aquella isla diminuta había significado para todo el grupo, y así lo recordarían mucho después, un tiempo de iluminación en torno a la radio y a la sombra inmensa, redonda, sedante o para el descanso sombra de María de la Soledad Muñoz Dolores. La gran guerra había transcurrido como un soplo maldito, brevísima y aniquiladora. Tanta capacidad de destrucción en tan breve tiempo había aterrado tanto a los gobernantes y a los militares -"¡todos unos chorizos de mierda!", juraba una y mil veces Antonio- como a los que en ella habían creído ver un respiro económico o una superación drástica de las cíclicas crisis financieras y de producción. Para la generalidad, la~~

Sigue en 3.8, en 01-02.- Los 7 viajes de G.M.